

siones de viaje y llenaron los periódicos de artículos, describiendo los usos, las costumbres, los edificios y los trages de la Inglaterra.

A ejemplo de la primera compañía se establecieron otras, se entabló la competencia, y ya en los últimos meses, según recuerdo, había empresas que se encargaban de conducir, de mantener y de pasear á los viajeros, por ciento cincuenta ó doscientos francos.

El que dirigía la obra fue el mismo que á la vez que era arxobispo, era también en aquel tiempo un excelente arquitecto. Posteriormente cada soberano ha ido reformando las construcciones antiguas y haciendo otras nuevas; de manera que hoy es realmente una gran pedrera en donde se ven de capillas y de departamentos ocupados unos con algunas oficinas militares, y otros y medio destruidos otros á consecuencia del incendio de 1812.

LOS TRES HENRIQUES.

Entre los monumentos edificados en medio de las épocas de paz, de tranquilidad y de civilización, por los esfuerzos del comercio y de la industria, hay una reunión de construcciones irregulares ennegrecidas con el moho de los siglos, que brotan al parecer de las aguas frías y de las tristes nieblas del río Támesis.

Esto es lo que se llama la Torre de Lóndres. Está situada en una colina poco elevada á las orillas del río, y se distingue exteriormente por una gruesa muralla y cuatro torrecillas edificadas al parecer en el centro del edificio. La Torre de Lóndres tiene cosa de ochocientos años de existencia. Fué construida probablemente de 1087 á 1090, por orden de Guillermo el Con-

quistador. El que dirigió la obra fué Gundolfo, que á la vez que era arzobispo, era tambien en aquel tiempo un escelente arquitecto. Posteriormente cada soberano ha ido reformando las construcciones antiguas y haciendo otras nuevas; de manera que hoy es realmente la Torre una pequeña ciudad llena de callejones irregulares, de capillas y departamentos, ocupados unos con algunas oficinas militares, y vacíos y medio destruidos otros á consecuencia del incendio de 1843.

La primera vez que visité la Torre me sucedió lo que á todos los demas.

Encontréme con unos viejos soldados de alta estatura, vestidos con su calzon corto, su perpunte encarnado y su sombrerillo negro de copa baja y ala muy angosta. Su trage, sus armas y aún sus modales secos y frios, revelaban que estos hombres querian recordar de una manera palpable los tiempos del rey Henrique VIII.

Uno de estos guardias me condujo á la sala de armas, donde se halla una coleccion histórica de las armas que se han usado en la guerra, de ochocientos ó mil años á esta parte, superior quizá á cualquiera otra coleccion de este género, de los museos de Europa. En seguida fuí conducido á otro salon donde están montados en caballos de madera del tamaño natural, la mayor parte de los reyes y grandes señores de Inglaterra, revestidos con sus pesadas armaduras de acero, y con sus lanzas en la mano co-

mo en los tiempos en que salian á combatir y á conquistar en las batallas sus coronas y sus señorios.

De este salon pasamos á una pieza oscura y estrecha donde se hallan debajo de una gran jaula de fierro las alhajas de la corona.

Entre las alhajas mas notables se encuentra la corona de S. Eduardo. La nueva corona de Estado que tiene un rubí de gran valor, que se asegura llevaba en su casco el hijo de Eduardo III, llamado el *Príncipe Negro*. La corona de los príncipes de Gales, toda de oro puro, adornada de diamantes. La diadema de la reina, que segun los historiadores costó ciento once mil libras y fué construida para la coronacion de María de Este, muger de Jacobo II.

La espada de la Justicia y la espada de la Clemencia con el puño de oro macizo incrustado con diamantes. La fuente bautismal, toda de plata, y porcion de platos y platonos de oro y plata usados en las ceremonias de las coronaciones de los reyes. Tambien se encuentran allí la corona de Ana Bolena, la hacha con que fué degollada María Stuard, la espada de Roberto Bruce rey de Escocia, y algunas otras antigüedades de este género y de sumo interés para los ingleses y para los que conocen la interesante y sangrienta historia de esos tiempos.

Concluido el ecsamen de estas curiosidades, los albarderos conducen al viagero sano y salvo á la po-

terna de los leones, por donde tantos desgraciados entraron y no volvieron á salir sino muertos: y lo dejan allí enseñándole el camino de la calle y diciéndole que ya no hay mas que ver en la Torre, porque los demas departamentos de ella están ocupados por las tropas y oficinas de su magestad la reina Victoria, de manera que en menos de una hora se concluye la visita del edificio que ha sido durante muchos años, la fortaleza, el palacio de los soberanos y la prision de los reos de Estado, y que representa en sus paredes antiguas, en sus torres negras y mohosas, en sus calabozos profundos, en sus patios y en sus callejuelas tristes y aisladas, toda la historia y toda la crónica de la nobleza ambiciosa ó desgraciada de Inglaterra.

El que lleva en su cabeza la tradicion de los siglos y las memorias de las desgracias de tantos personajes tan ilustres, queda muy poco satisfecho de la charla insípida de aquellos soldadados contrahechos y falsificados que tienen algo de histórico, pero quizá mucho de ridículo en los tiempos presentes. Una vez que se ha entrado á la Torre, aquellos hombres por el interés de la gratificacion de uno ó dos reales no se despegan del desgraciado viajero, y comienzan á repetir con la monotonia de unos pericos la relacion histórica que tienen aprendida de memoria.

Despues de dos ó tres visitas á la Torre, conseguí mediante dos ó tres *shillings*, el señalado favor

de que los viejos archeros no me esplicasen nada y me dejasen en paz, y conocido ya por algunos de los oficiales de la guarnicion, pude entrar y examinar con detenimiento diversos alojamientos que no se enseñan comunmente al público y en los cuales han pasado los acontecimientos mas terribles y mas dramáticos.

Como seria imposible, sin ocupar dos ó tres volúmenes, seguir paso á paso la crónica de todas las variaciones materiales que ha tenido la Torre desde que puso la primera piedra en ella el arquitecto Gundolfo y la historia dolorosa de todas las lágrimas derramadas, de todos los suspiros y de todas las agonías que han sufrido los prisioneros encerrados allí durante un largo periodo, nos reduciremos solo á evocar los recuerdos mas notables y á animar por un momento algunos personajes ilustres que fueron víctimas de la guerra civil, de la ambicion y de las costumbres bárbaras de los tiempos que han precedido la civilizacion, como preceden las tormentas y los huracanes á las estaciones apacibles y tranquilas del año.

Desde 1334 á 1371, es decir, en un periodo de cosa de cuarenta años, la Inglaterra fué gobernada por tres monarcas del mismo nombre. Henrique IV llamado Bolingbroke (*).

(*) Henrique, que tenia por sobrenombre Bolingbroke, era duque de Herefort é hijo de Juan de Gante, gefe de la casa de Lancaster.

Henrique V de Montmouth.

Henrique VI de Windsor.

Bolingbroke, que decia tener preferentes derechos al trono y se hallaba en Francia, desembarcó en Inglaterra mientras el rey Ricardo II estaba en Irlanda. En momentos se le reunieron multitud de partidarios y con ellos pudo hacer frente a las tropas reales, las venció y obligó á Ricardo á abdicar la corona públicamente en el gran salon de Westminster.

Un viejo proverbio dice que *el rey depuesto es rey muerto*, y nada fué mas cierto. Inmediatamente que Ricardo II se dejó despojar de la autoridad, fué conducido prisionero á la Torre de Londres, incomunicado de todos sus amigos y separado de la reina. Se habia casado en segundas nupcias con Isabel de Valois, hija de Carlos VI, rey de Francia y de Isabel Baviera, de quien tendremos ocasion de hablar mas adelante.

Cuando Ricardo II se casó, Isabel era una niña de seis años, inteligente, hermosa, llena de las gracias inocentes de su edad, y anunciando que en el curso del tiempo sería una muger espléndida por subelleza y por sus virtudes.

Ricardo II no podia haberse enamorado de una niña; pero tuvo sin duda la idea de educar á su lado y bajo su vigilante cariño una buena esposa; que le tuviese el amor tranquilo pero sólido, que nace con el trato diario y familiar. Antes de que el monar-

ca viese colmados sus deseos, la tempestad de la revolucion lo habia separado de su *pequeña* reina, como le decian los ingleses arrojándolo á una prision, de donde no volvió á salir sino para la tumba.

Henrique IV logró sentarse en el trono; pero como la vida del monarca caído era un amago constante para su seguridad, fué necesario deshacerse de él. De la Torre de Londres fué trasladado al castillo de Pontefract.

Entre tanto la reina, niña como era, pero llena de aliento y de vigor, auxiliada por el conde de Kent, y por otros nobles, fieles y adictos al monarca desgraciado, publicó una proclama desconociendo la autoridad de Henrique Bolingbroke y llamando al pueblo á la defensa de su rey legítimo. Reunióse en efecto un ejército considerable, púsose la niña reina á la cabeza de él y marchó al encuentro de los enemigos, llena de entusiasmo y de alegría, teniendo por seguro que obtendria la victoria y lograria restablecer á su Ricardo en el trono de sus antecesores.

Las cosas no pasaron así, sino por el contrario, fué traicionada en la ciudad de Cirencester. La mayor parte de los gefes que la seguian, fueron aprehendidos y decapitados inmediatamente, y ella misma escapó de la muerte solo por consideracion á su tierna edad.

Henrique IV despues de este suceso se afirmó mas en el trono; pero no por eso quedó perfecta-

mente tranquilo ni seguro, pues que las mismas ejecuciones de los partidarios de Ricardo, engendraban en las familias proscriptas y desgraciadas, los deseos de venganza y la necesidad de una nueva rebelion.

Comiendo un dia el rey con algunos de sus cortesanos y hablando como era de suponerse, de la política y de los sucesos del tiempo dijo:

—¡Qué desgracia la mia! No tengo un amigo fiel, verdadero, que me libre de una vez de una persona cuya vida es mi muerte y cuya muerte sería mi vida. (*)

Los cortesanos guardaron silencio; pero uno de ellos que fijó mucho la atención en las palabras del rey, se levantó de la mesa y salió del palacio. Llegado à su casa reunió ocho personas mas, montó à caballo y se dirigió al castillo de Pontefract, donde hemos dicho que habia sido trasladado Ricardo II.

Cuando los caballeros llegaron al castillo, Ricardo estaba sentado en la mesa comiendo. Recibiólos con amabilidad y cortesía y les preguntó el objeto de su visita. Respondieron que el rey Henrique ordenaba que se hiciesen algunas alteraciones en el servicio de la mesa y que ellos venian à dar estas nuevas órdenes.

Al oír esto Ricardo exclamó lleno de cólera:

(*) *Agnes Strickland—Lives of the queens of England.*

—Que todos los diablos carguen con Henrique de Lancaster y con vosotros. Al decir esto, le dió con el cabo del cuchillo de la mesa à uno de los hombres que estaba sentado à su lado. Inmediatamente los ocho asesinos desnudaron sus armas y acometieron al rey.

Este, valiente y altivo como su padre, en un abrir y cerrar de ojos arrancó una espada de manos del que estaba mas inmediato, formó una trinchera con la mesa y comenzó à defenderse con el ímpetu y con el arrojo de un leon. A pesar de la destreza y de la ferocidad de los asesinos, Ricardo logró herir y poner fuera de combate à cuatro de ellos; pero los restantes destruyeron la trinchera que se habia formado el rey, el cual tuvo entonces que correr al rededor de la pieza, defendiéndose siempre y guareciéndose las espaldas con los muebles y las paredes. El cortesano favorito de Bolingbroke, que como hemos dicho, se halló tan pronto para complacer los crimiinales deseos de su soberano, se acobardó con la resistencia obstinada de Ricardo y se refugió en un rincon de la pieza, subiéndose en una silla curiosamente esculpida, en donde acostumbraba Ricardo reposar la comida. En una de las vueltas que Ricardo dió por la habitacion luchando siempre con sus asesinos, el cobarde cortesano le dió un palo en el cerebro con el cabo de una hacha y lo derribó al suelo, donde acabaron de matarlo.

Así murió casi al tiempo de vencer á sus enemigos y luchando hasta el último momento de su vida, á la edad florida de treinta y cuatro años, Ricardo de Burdeos, soberano legítimo de Inglaterra, é hijo del valiente y afamado Eduardo de Gales, conocido con el sobrenombre del Príncipe Negro.

Henrique IV quedó ya seguro en el trono, aunque en su conciencia no muy satisfecho de los medios de que se había servido para elevarse y asegurarse en tan alta dignidad,

Henrique IV fué casado dos veces. La primera con María de Bobún y la segunda con Juana, hija de Carlos el Malo, rey de Navarra.

Del primer matrimonio tuvo un hijo, que nació en el castillo de Montmouth, y del segundo una hija, que murió á los pocos meses de haber nacido, y tres hijos, Tomas, duque de Clarence; Homfrói, duque de Gloucestre; y Juan, duque de Bedford.

Henrique de Montmouth tomó el título de príncipe de Gales, y su padre se propuso educarlo con el mayor esmero para que á su muerte ocupara dignamente el trono de Inglaterra.

Henrique era lo que en aquellos tiempos podía llamarse un apuesto garzon. Joven, fuerte, robusto, diestro en los ejercicios de las armas, de una fisonomía abierta y franca, cautivaba á todos los que le trataban, muy especialmente á las gentes del pueblo.

En sus grandes ojos azules se revelaba el fondo excelente de su carácter, y en la espresion sincera de su ingenua sonrisa se dejaba ver que su corazón no tenia la hiel y la malicia de algunos nobles de la época, cuyo vicio dominante era la ambicion, de la cual el mismo monarca reinante habia dado á sus súbditos un funesto y señalado ejemplo.

A pesar de las recomendables prendas con que la naturaleza habia dotado al príncipe, tuvo la desgracia de rodearse de multitud de hombres oscuros de nacimiento, de viciosas inclinaciones y de conducta depravada.

Pasaba las noches en los garitos, en las tabernas, y algunas veces en los caminos reales asaltando á los colectores del rey y á los pasajeros, y despojándolos á mano armada del dinero y de los efectos que traian consigo.

La historia, con aquella gravedad y concision que le es propia, apenas ha trazado en sus páginas uno que otro rasgo de la juventud de Henrique V; pero la poesía se encargó de dejar á la posteridad el cuadro mas acabado y completo de los primeros años de uno de los monarcas mas valientes, mas nobles y mas grandes que ha tenido la Inglaterra.

Las alegres y tumultuosas reuniones del Príncipe Hall, como le decian sus amigos, eran en la taberna de la *cabeza del Javalí*, calle de *East cheap*. (*)

(*) La calle de *East cheap* está situada en Londres

Sus compañeros en aquellas orgías nocturnas, eran Sir Juan Falstaff, Poinz, Bardoloh, Pistol y Miss Quickly.

Darémos á conocer al lector à estos interesantes personajes, alegres é independientes siempre de la política del tiempo, y amigos fieles y constantes del príncipe heredero.

Falstaff era un inglés chaparrón, con un enorme vientre, con unos ojos pequeños y maliciosos, con un rostro encendido y con unas narices prominentes y rojas. Pobre, pero calavera y tirador de dinero, siempre estaba, como suele decirse, á la cuarta pregunta; pero encontraba á cada momento recursos para llenar sus bolsillos de oro, salir de sus mas urgentes compromisos, obsequiar de vez en cuando á sus numerosas amistades femeninas. Afecto á los vinos, bebia todo el dia y toda la noche, y decia que toda la educacion que los reyes debian dar á sus hijos, debia reducirse á acostumbrarlos à beber vino añejo de España. Tímido como una paloma, cargaba siempre al costado una grande espada, que sacaba muy á menudo; pero sin esgrimir-la contra nadie, pues siempre encontraba á mano alguno à quien echar por delante para que respondiese á sus querellas, miéntras él corria ó se ocul-

en la *City*. La célebre taberna donde Skaspeare coloca algunas de las escenas de su drama de Henrique IV, fué destruida en el incendio del año de 1666.

taba en algun escondite. Pasados los lances daba miedo y asombro oírle contar sus hazañas, sus aventuras y sus heróicas proezas.

Seis ú ocho enemigos eran para él cosa de poco momento. En un cerrar y abrir de ojos á uno le cortaba la cabeza, á otro un brazo, al de mas allá las piernas, y los demas se escapaban llenos de espanto, dejando dueño del campo al grueso y pesado Sir Juan, blandiendo su larga espada y esperando nuevos enemigos, por solo tener el gusto de vencerlos.

Sir Juan, ademas, era filósofo y siempre tenia para todo razones, con las cuales disculpaba sus errores de todo género y cubria perfectamente su conciencia.

Cuando su querido príncipe *Hall*, lo urgia para que lo acompañase á alguna espedicion peligrosa Sir Juan se ponía á discurrir con la esactitud y facilidad de los mejores filósofos de la antigüedad.

—¿Qué necesidad, decia, tengo yo de apresurarme á encontrar á mi acreedor, ántes de que él me busque? Vamos, continuaba, el honor me aguijona y me dice que vaya adelante. Pero si el honor me conduce á la muerte, ¿qué haré yo entónces? ¿Si me rompen una pierna ó un brazo, el honor me la soldará y me la pondrá en su lugar? No. ¿El honor puede aliviarme los dolores de una herida? No. ¿El honor sabe algo de medicina y de cirujía? Tampoco. ¿Qué cosa es, pues, el honor? Una pala-